

XIX

En una mañana de luz azul inmóvil, sin una nube, sin un soplo de aire, estaban segando los céspedes de Granburgo. Á lo largo de las balastradas de mármol blanco, adornadas con vasos y estatuas, se encorvaban dos hileras de segadores, levantándose de vez en cuando sin que acompañara ese trabajo ni un cantar, ni una palabra, ni siquiera el metálico rechinar de la hoz. Hubiérase dicho una colonia penitenciaria sin el suntuoso marco que la rodeaba.

De pronto resonó un grito agudo, desgarrador, uno de esos bramidos huecos y sombríos como salen á veces de los jardines de manicomios, y ese grito corrió, vibró de extremo á extremo de la inmensa posesión, desde los terrados de la orilla del río hasta la entrada del rey, la verja monumental en que unos haces de lictores, dorados y emblemáticos, recuerdan las antiguas funciones

de gran maestro de la caballería imperial. Aquel lamento sin esperanza no hizo levantar ni una cabeza al pasar por el césped y dejó á los trabajadores tan tranquilos como si hubieran sido estatuas. Hubiérase dicho que era uno de esos ruidos de la casa, que los habitantes acaban por no oír. Sin embargo, en el pequeño salón de cortinajes amarillos, donde hablaban el duque de Alcántara y el juez Delcrús, cesó de pronto la conversación cuando penetró el grito por las elevadas persianas entreabiertas.

— Oígala V., amigo mío ¿le parece horrible?... Desde la mañana en que á pesar de nuestra resistencia hizo abrir el *Fantasma*; en que su hijo le apareció sobre un tablado con el rostro roído por los gusanos, la duquesa no ha vuelto á decir nada, y cuanto queda vivo en ella es el grito siniestro que de tiempo en tiempo lanza. Aquí me ve V. ahora entree se muerto y esta loca. ¿Y me habla V. de soltar al asesino, de no saborear mi venganza?

Los ojos del paralítico, foco de su vida nerviosa, brillaban de furor, mientras que el juez, muy perplejo, se explicaba confusamente. El Sr. duque no podía dudar de su buena voluntad... prisión la misma noche... incomunicado desde hacía tres días... resultado nulo...

— Se burla de V... No es V. bastante sagaz, mascullaba el general.

— Al contrario, mi querido duque... Parece acusarse de intento; es una cosa inexplicable. Tengo prueba incontestable de que no llegó hasta el lunes por la mañana, dos días después del asesinato... Y á medida que esta pista se desvanece, descubro otra mucho más segura, en que coincide todo, la hora, el día, los motivos, las investigaciones de mis agentes, las cartas anónimas que recibo. »

Delcrús se paró, viendo aparecer en el umbral de la puerta-ventana un criado. « ¿Quién anda ahí? He dicho que nadie venga » gritó el general con su voz de mando. El lacayo desapareció aterroizado, y en lugar suyo vióse una sombra gigantesca que interceptó la entrada : « Dispense el Sr. Duque.

— ¡ Ah ! ¿ Eres tú, Saltacor?

Delcrús se acercó al general de prisa y sin hacer ruido le dijo : « Ruego á V. que reciba á este hombre; continuaremos la conversación cuando le haya visto. »

El general alzó los hombros é indicándole la puerta, oculta por una cortina, que daba á las salas de recibo : « Entre V. allí, le dijo, ya le llamaré. » Y volviéndose hacia la escalinata : « Adentro, Eugenio. »

Enflaquecido, encorvado, con las piernas flojas, parecía que el Indio se levantaba de una enfermedad. También su voz había perdido vigor, aunque se esforzaba en hablar con firmeza y en andar con paso seguro, pues vestía en traje de gala, y estaba bajo las armas y delante de su señor.

— Señor Duque, dijo, en pie y con la vista en la alfombra; vengo á rogarle que acepte mi dimisión.

— ¿ Por qué ?

— Mi hijo se marcha á América con su mujer. Ambos me piden que les acompañe; pero únicamente cuando haya... cuando haya liquidado mis cuentas con la justicia.

El duque se agitó en su asiento : « ¿ La justicia ? ¿ Qué te pasa ?

— Un mal negocio.

— Expícate.

— ... No sé si podré, » dijo el guarda-bosque muy quedo. Apoyóse en la chimenea, temblando de tal modo que el cañón del fusil colgado de su hombro daba golpecitos contra el mármol. Tuvo que volver á ponerse en pie para contar su historia. Un relato verdaderamente sencillo y siniestro. Llamado en la noche del viernes para una batida contra los cazadores en vedado, volvía á eso de las dos de la mañana, cuando saltó de la ventana

de su casa un hombre al patio de la Ermita. La noche estaba lóbrega. Cree que es un ladrón, tira sin apuntar, lo alcanza, y cuando se acerca para ver quien es...

Una voz brutal le interrumpió :

— Mientes.

El guarda se irguió ante el insulto :

— ¡ Mi general !

— Te digo que mientes. No es de esa manera cómo mataste al príncipe. Lo sé, sé lo que has hecho, lo mismo que si fuera tu conciencia ; sólo que quiero oírlo de tu boca. Vamos, habla... pero no, espera. » Y pegó un grito : « ¡ Delcrús ! »

Cuando el indio vió entrar, grave y ceremonioso, al juez de instrucción en el tribunal de Corbeil, que conocía por haber declarado muchas veces ante él en delitos de caza, sintió doblársele las rodillas, como si el verdugo le hubiera puesto ya la mano en el hombro diciéndole : « andando. » Las carnes irregulares de sus anchas mejillas palidieron y se ahondaron. No creía que la cosa ocurriera tan pronto.

— Pues bien, señor juez de instrucción, dijo el duque con aire de triunfo, me parece que tenía alguna razón para creer que el miserable de quien hablábamos podía no haber dado el golpe en persona. He ahí el instrumento y la explicación

de todas las coartadas que le extravían... Ea, Saltacor, si quieres que seamos buenos contigo, dinos como ocurrió el suceso. Y nada de mentiras. » Creyó que su guardia vacilaba, y para evitarse la afrenta de la confesión, le ayudaba, indicándole las palabras. « ¿ Qué te prometieron ? ¿ Cuánto te han dado ? ¿ Pues no has trabajado por tu cuenta ? »

Saltacor se enderezó con los pómulos encendidos, las venas de la frente tensas por el esfuerzo que hacía para contenerse : « Es posible que esas cosas se hagan por dinero ; pero que al cabo de veinte y ocho años de excelentes servicios, trece en el Puesto de las Liebres y quince en la Ermita pueda mi amo creerme capaz... ¡ No !

— ¿ No pretenderás hacernos creer que tu cuento anterior es cierto ? añadió el general algo turbado.

— Antes, Señor Duque, mentí por la estupidez de un orgullo que ya no tengo derecho á conservar. El brazo ha entrado en el engranaje y es preciso que todo el cuerpo pase... ¡ Pues bien, que pase, voto al demonio !... no me será tan duro decir la verdad como oír lo que su excelencia me ha dicho. » Y plantándose, con los puños apretados, empezó : « Hace diez días, en ausencia de mi hijo me llegó á la Ermita una pequeña carta anónima,

anunciándome que á la noche siguiente, entre tres y cinco, podría ver desde la puerta Pacomo un hombre que saldría del cuarto de mi nuera, por la ventana. Hay que decir que en otro tiempo tuve infortunios matrimoniales. ¡ Una mujer que yo amaba y que me hizo padecer! Finalmente, huyó con un gendarme y nos dejó solos, al niño y á mí en nuestro desierto del Puesto de las Liebres... una perdida. De esta aventura me ha quedado mala voluntad contra todas las mujeres, y cuando se casó mi hijo, me prometí poner la vista en su costilla, resuelto si llegaba el caso á vengar de un golpe su desgracia y la mía. Esto se sabía en el país y los que me escribieron estaban enterados de lo que hacían. »

Delcrús preguntó : « ¿ Tiene V. esa carta anónima ?

— Déjele V. acabar, exclamó con impaciencia el duque.

— Precisamente ese viernes estábamos todos en pie para coger á varios beduinos de Mainville, que nos mataban las mejores corzas... La carta decía de tres á cinco. Á eso de las tres, abandoné mi puesto en la alameda de la Encina Grande y fui á emboscarme en la puerta Pacomo. Tan cierto como que tengo este fusil en la mano es que ignoraba á quien recibía en su cuarto mi perdida

de nuera. Había sabido que el príncipe le andaba detrás, pero después de una chillería con la chica, me figuré que eso estaba terminado por esta vez, y ustedes verán, señores, que la carta me indicaba otro nombre. Llevaba media hora remojándome hasta los huesos en un aguacero que no acababa cuando oí el ruido de una ventana y uno saltó á diez pasos de mi escondite, echando á correr. No se veía claro y probablemente habría errado el tiro de seguir el individuo andando. Por desdicha se paró para abrir una especie de paraguas que llevaba y solté el tiro. El hombre dió unos cuantos pasos muy de prisa, y después cayó al foso sin movimiento como un animal que no necesita más. Entonces corri á casa. La chica hacía que dormía, con las sábanas hasta por encima de los ojos. « Levántate y coge la linterna sorda, le dije, pues he matado á tu amante; ven á ayudarme á enterrarlo. » Tuvo miedo y no se lo hizo repetir, se lo aseguro á los señores. En ese momento no me figuraba todavía á quien iba á encontrar en el foso, y la prueba es que una vez los dos en él, dije á mi nuera : — « ¿ Quién es ? — Mire V. » me contestó muy quedo bajando la linterna... Ahí, señor duque, cuando vi lo que había hecho. » Y se limpiaba el sudor que corría de su frente con la manga de su levita de gala. El

duque, que espiaba el efecto del relato sobre Delerús, dijo á su guarda en tono muy tranquilo:

« ¿ Con qué tiraste ?

— Con perdigones.

— ¿ Dónde le alcanzaste ?

— No dió toda la carga en el blanco... Sólo un agujero aquí, en la sien.

Hubo una pausa de horrible silencio, en que volvió á oirse el grito de la madre, como si acabara de ver el agujero en la sien. Después continuó el interrogatorio : « Dices que cayó cerca de la Ermita. Sin embargo, no fué ahí donde se le encontró.

— Primero lo colocamos en un hoyo de los tantos que hay en esa parte del bosque, con malezas y hojas encima. Cuando volvimos á casa mojados por la lluvia, nos vino la idea de sacarlo del hoyo y de llevarlo al césped, cerca del parque Fénigan. La nuera llevaba la linterna ; yo el muerto en brazos como un niño, pues tengo muchas fuerzas. Todo pasó como lo estoy diciendo.

El juez tomó en su rincón aire de malicia y preguntó : ¿ Por qué ese quitasol abierto y resguardándolo ?

— Me acordé de una mujer que encontraron muerta debajo de su sombrilla en el bosque de

Fontainebleau, y que permaneció ocho días en el mismo sitio sin que nadie la tocara.

— ¿ Y por qué cerca del parque Fénigan ?

Saltacor balbuceó alargando la nuca :

— Un mal pensamiento, Sr. juez, ... un pensamiento de cobarde que castigo confesándolo. Después de las historias entre el príncipe y D. Ricardo, había probabilidades de que acusaran al marido... Pero esta idea no la hubiéramos tenido sin una carta que el príncipe llevaba encima...

— ¡ Ya estamos ahí ! gritó el duque con feroz impetu... Confiesa que le has registrado los bolsillos para coger los papeles que el marido deseaba... Confíesalo y te dejaremos en paz.

El guarda sacó de su bolsillo una carta y un cuaderno sin contestar, y dijo gravemente : « El príncipe de Olmutz llevaba encima, á más de los objetos que han sido entregados al Sr. duque, un portatarjetas que ahora presento, con esta carta no cerrada que estaba escribiendo á uno de sus amigos. Esperaba para mandarla á saber si la noche sería buena... Es cierto que no hubiera debido leerla... pero tenía tan perdida la cabeza, y mi nuera me repetía siempre : « Tal vez hay ahí lo bastante para ahorcarnos ». La verdad es que esta carta prueba cuanto acabo de decir. Verán ustedes al leerla que no he mentado y que el desdichado

joven armó con sus propias manos el lazo en que halló la muerte. »

Y colocó cerca del sillón, en el pupitre que estaba al lado, dispuesto para servicio del tullido, la última carta á Valongo con un pequeño cuaderno de concha.

— ¿Dónde está la carta anónima que V. recibió? dijo Delcrús mientras el duque leía.

— Aquí está... Si quiere leerla el Sr. juez.

— Veamos... Letra de mujer y de mujer ordinaria... ¡ Ah diantre!... Estremeciósse y hablando al guarda á media voz como si temiera que el padre oyera: « ¿ Creyó V. tirar sobre Alejandro? »

— Sí, contestó el guarda con un movimiento de cabeza. El general, que retorció sus bigotes con furor, alzó los ojos de la carta á Valongo: « De todos modos, hay cosas que no me explico... ¿ con qué objeto das este paso?... ¿ Y por qué no lo has dado antes? »

— Ah, Sr. duque, las mujeres... Cedió á los ruegos de mi nuera que teme á su marido como al fuego y que deseaba ocultarle su falta. Así es que el pobre muchacho ha vivido todos estos días con nosotros sin figurarse nada. Iba á su almacén, hablaba del asunto en el tren con todo el mundo... y yo, puede V. pensar si me ponía viejo. La idea de que un inocente estaba en la cárcel por culpa

mía, y de que tal vez sería condenado... Por fin, ayer, cuando comíamos los tres, mi hijo me vió rechazar mi plato sin tocarlo, como me sucedía desde el suceso. « Dime que te pasa, padre. » No pude contenerme, pues aquello me sofocaba demasiado y le dije la verdad. ¡ Pobre niño! creí que iba á caerse muerto del golpe. Su mujer se echó de rodillas delante de él, pero ni siquiera la miró. Olvidaba su desdicha: « No, no... ocupémonos primero del padre. Ha faltado y es preciso que repare el daño. » ¡ Ah, qué momentos esos en las casas! « Nos abrazamos sollozando, y le juré venir hoy á ver al señor duque, como he hecho. »

— Todo esto respira verdad, murmuró Delcrús.

— Y concuerda con lo que acabo de leer, añadió el general como pesaroso. Lo único que no me explico es esa herida de perdigones que los médicos no han podido encontrar bajo la descomposición del rostro... sin embargo el cuerpo no ha estado más que dos días en el bosque.

— Una treta de cazador en vedado, Sr. duque, contestó Saltacor estremeciéndose; pero preferiría arrancarme la lengua á...

Á contar al padre que, para que fuera imposible reconocer á su hijo, lo habían dejado una noche entera colgando de un abedul con los pies hacia

arriba y la cabeza metida hasta los hombros en el montecillo de un hormiguero.

Con la carta del príncipe en la mano, el juez decía junto al oído del general : « Estaba seguro de que la pista era mala... No cabe duda de que este hombre es el asesino ; si quiere V. vengarse...

— ¿ Vengarme de ese patán ?... no, amigo mío... á quien le tenía ganas era á Fénigan... pero á ese...

— Tanto más cuanto que con esta carta en los autos sería difícil su condena.

El duque reflexionó, acabando por decir : « Me parece lo mismo. La buena fama del príncipe y de nuestra casa no ganaría nada con que se supieran la verdad y las cínicas confidencias de mi hijo y de Valongo... Esta es una de las buenas ocasiones para esos propicios sobreseimientos...

Delcrús, el magistrado de dientes de lobo y patillas arquitectónicas, lo interrumpió vivamente y dirigiéndose á Saltacor, inmóvil y erguido con la gorra en la mano : « ¿ Ha oído V. ? le dijo. El Sr. duque no quiere llevar más lejos las cosas. Máchese V. de la comarca lo antes posible sin contar nada á nadie ; de su prudencia depende que no le suceda ningún contratiempo. »

El guarda saludó : « Gracias, señores. » Desde la puerta, antes de salir, preguntó con vacilación : « ¿ Y D. Ricardo ? »

— Váyase V. tranquilo... D. Ricardo volverá á su casa antes de terminar el día.

Al oír esto, el general lo interpeló con mal humor : « ¿ Antes de la noche ? ¿ por qué ?... Tiene V. acaso prisa de que ese bruto vuelva á tomar posesión de su mujer ? »

Era el grito de su odio, de sus celos de tullido, que salía de su pecho sin advertirlo, aun á través de penas terribles y del tormento de su desesperación paternal.

Aquella velada, la Sra. de Fénigan y el anciano Merivet sentados debajo del gran pawlonia de la entrada de Uzelles, hacían algunas reflexiones melancólicas, entrecortadas por largos silencios y por esas interjecciones parecidas á las chispas de un fuego que se apaga, mientras que los jardineros y criados tomaban el fresco en el camino iluminado por la luna, delante de la puerta abierta. Hacía mucho rato que había sonado la hora inmutable del cubre fuego, sin que nadie lo advirtiera, ya por la excepcional belleza de la noche, ya porque el desastre de la casa, su trastorno, escapaban á las minucias de la disciplina. ¡ Pero qué contraste entre el silencio de aquel extenso piso bajo alumbrado y desierto con la ruidosa charla de los servidores, entre aquellas risotadas indiferentes y el acento desolado de las dos voces

que cuchicheaban en la sombra del árbol dormido.

— ¡Qué sonoro está el aire esta noche! Se oyen los pasos que dan en el puente de Ris, decía el propietario de la Pequeña Capilla, quien desde su regreso no se separaba de la madre y de la mujer de Ricardo.

— Sin duda es alguno que ha vuelto de Corbeil por el último tren, y alguno que tiene prisa... contestó la Sra. de Fénigan, escuchando también aquel andar rápido insólito. El anciano Merivet añadió : « Lidia está muy triste esta noche, todavía más que de costumbre. La muerte de ese mendigo me parece haberla impresionado mucho.

— Cuando el corazón está henchido de pena, todo es pretexto para llanto, suspiró la madre. Piense V., amigo mío, que desde hace tres días, desde la prisión, no ha tenido más noticias de su marido que la misteriosa misiva...

— Que prueba la convicción en que está de su pronta libertad. Un error, señora, le repito que es una equivocación... Lo comprendí en seguida al verme cara á cara con ese Delcrús y verlo sin saber donde meterse, desolado... Créame V., no tardará en ver á su querido hijo... Pero mire... mire V. pronto... gritó Napoleón Merivet en pie y con voz de trueno.

Por el camino blanco y azulado, frente á la puerta principal abierta, se daba prisa una silueta muy conocida. Sin fuerza para moverse, la madre llamó desde la sombra : « ¡Ricardo!

— ¿Están Vds. ahí? contestó una voz que se hacía animosa y que terminó en un sollozo. Después, apenas pudo hablar : « ¿Y Lidia? ¿hay noticias tuyas?

— Lidia, está en tu cuarto, en el Pabellón. »

Ricardo, estupefacto, sin oír las explicaciones de su madre, se lanzó por la bóveda del pasadizo, que susurraba con su negro follaje y que exhalaba aroma de tilo en flor, y al fin de la que veía una luz que le llamaba.

Lidia escribía en la pieza inferior, sentada delante de la mesa de su marido, vestida con un peinador, y teniendo ya su cabellera recogida en un sencillo rodete, según hacía al acostarse. Ni siquiera se volvió creyendo que era Rosa, y sólo alzó la vista al acercarse Ricardo. Aquello fué una explosión de sorpresa de loca alegría, en que las palabras salían entrecortadas por besos y abrazos : « ¡Libre... estás libre! »

— Sí, han descubierto al verdadero culpable.

Ella le miró, anonadada : « ¿Cómo... el verdadero culpable? »

La emoción, la expresión de su mirada arran-

caron á Ricardo este grito : « ¿ Pero tú creías que fui yo ? »

— Sí, contestó muy quedo, sin hallar fuerzas para mentir. Y su marido, tan turbado cómo ella : « ¡ La misma idea tuve yo de ti ! »

Lidia exclamó : « ¿ De veras ? » Y súbitamente iluminada su mente : « Ah, ya comprendo porque me decías que huyera... porque dejabas creer á ese juez... querías que te condenaran en lugar mío... ¡ Mi marido... mi querido esposo !

Arrojóse en sus brazos sollozando. Ricardo deslumbrado sentía el vaivén de los senos, la emoción del hermoso cuerpo debajo del peinador de encaje. « Ven á decirme que me quieres y me creeré pagado por todo », murmuró impulsándola suavemente.

XX

— Lidia.... Ricardo... Ea, perezosos... han dado el último toque para la misa.

La prima Elisa, que hace dos días está en la quinta, llamaba y revoloteaba debajo de las ventanas del Pabellón, mientras la campana de la Pequeña Capilla derramaba sus notas claras en el silencio de un domingo por la mañana, y mientras la Sra. de Fénigan aparecía en el fondo del pasadizo, con su andar majestuoso de señora rica, llevando en la mano un devocionario dorado, y en la otra su ridículo, donde resonaban las llaves y los anillos.

— ¿ Y Ricardo ? preguntó la madre, viendo presentarse á Lidia sola, elegantemente vestida de negro, en contraste con los colores vivos y chillones de la pequeña Caperucita Encarnada.

— Leimos hasta muy tarde y no he querido despertarlo, contestó la joven ruborizándose por